

LOS 154 HAIKUS DE SHAKESPEARE

ANDRÉS EHRENSHAUS Y ELENIO PICO

¿Shakespeare escribió haikus? Si lo hizo, o no se dio cuenta o le faltó rigor métrico. O consideró que lo más parecido a un haiku en la Inglaterra isabelina era el soneto de pentámetros yámbicos. Sea cual fuere la respuesta, Shakespeare daba para eso y mucho más. La prueba está en el presente volumen, que reúne los 154 que podría haber escrito hace 409 años.

El proceso creativo que llevó a esta serie se asemeja al del destilado de perfumes, tan caro al propio Shakespeare, pues los aromas más deliciosos provienen de las materias más dudosas y gozan de un equilibrio inestable y peligroso. El objeto del placer encierra tanto la promesa del goce como la certeza del fracaso: la rosa alberga el gusano que la marchitará. Así los sonetos, así los haikus. Llevar un poema de catorce endecasílabos, con sus rimas y ritmos internos, a otro de tres breves líneas de cinco, siete y cinco sílabas respectivamente es menos una labor de miniaturistas que de jíbaros: alcanzado el soneto por el veneno paralizante, el reductor debe operar con la rapidez del rayo para que el cuerpo intervenido no se deforme ni pierda su sustancia y, sobre todo, su espíritu, su hálito vital. El soneto debería oler dentro de su nuevo envase tal como olía en el antiguo. Ni más ni menos, ni mejor ni peor. Lo esencial es encontrar el tono.

De este modo, como un jíbaro febril, trabajó Ehrenhaus sobre su propia traducción de los Sonetos shakesperianos, reduciendo su cuerpo y alma a la velocidad requerida por los procesos de descomposición de la materia poética. Si la primera traducción le llevó cuatro años, la jibarización no duró más de una semana. No podía ser de otra manera: un atajo de cuatro años y una peripecia de una semana permitieron el paso de una dilución a otra.

Lo que palpita en los haikus es la condensación de algo que atraviesa el corazoncito doméstico, mundano y popular de los Sonetos, una recóndita hospitalidad que los abre, desnuda y rearma, haciéndolos brutalmente comprensibles y cercanos, tanto que parecen presagiar en sus apretados versos letras de canzonetas, de fados, de boleros, de tangos... Nada más tanguero que la poesía de los barrocos, y nada más barroco que la jibarización de un perfume; de ahí el lenguaje a la vez acriollado y castellano viejo de los haikus, su esencia arrabalera: no había más que recogerla en el envase adecuado.

Ese envase requería de un elemento pictórico que potenciara los matices y la abstracción de los poemas, oreándolos al albur de un paisaje sugestivo e inesperado. Cuando Ehrenhaus le habló de la jibarización de los Sonetos, Elenio Pico se sintió atraído por la idea de pasarlos por un segundo alambique con parejo entusiasmo y fervor. Y cuando tuvo las 154 reducciones entre manos, se aplicó con igual ímpetu, vértigo y rigor a la tarea de ilustrar el aura luminosa y oscura a la vez de los tensos poemas. Le bastó, como al otro jíbaro, con encontrar el tono: a partir de ahí no pudo parar hasta llegar al último. En cuatro febriles días.

Para ello, Pico identificó tres ejes —personajes, arquitecturas, vegetaciones— en torno a los cuales armó un espacio negro que se fue llenando de líneas regulares como los caminos de las termitas o los bichitos que se alimentan de libros viejos y los van redibujando con una lógica tan propia como condicionada por el material que roen. Para llegar a ese carácter asilvestrado del trazo y los motivos, Pico se valió, como Ehrenhaus, de referencias populares y de las otras, afilando ambos y cada cual a su modo la cuchilla de la cita en el pedernal del humor.

Convengámoslo: sin humor, no tendríamos este libro entre las manos. Sin rigor formal, tampoco.

Tal como ocurre con los Sonetos, los Haikus de Shakespeare pueden mirarse como un continuo, con sus vaivenes y nexos narrativos, o como una colección de poemas, ensayos breves o viñetas que resuenan y aletean entre sí casi aleatoriamente. La conjunción entre texto e imagen es tan atrevida y barroca como el proceso de jibarización, tan loca y cuerda como el propio William.

Esperamos que los disfruten.

Elenio Pico y Andrés Ehrenhaus, Septiembre de 2018